

LA COMUNIDAD, SACRAMENTO DE LA VOCACIÓN

Introducción

1. Quizás el género más adecuado para transmitir una experiencia –con lo que ello implica por lo que tiene de vital– esté, como lo ha estado siempre, en el campo de lo literario, entre lo poético y lo novelesco. Y, por lo tanto, cualquier otra estructura de expresión que se tome no pueda contenerla.

También es posible que las conclusiones que se van dando en el transcurso de la vivencia, no sean comprensibles sin el soporte existencial que las genera. Pero tampoco lo serán sin una fe fuerte en el actuar salvífico de Dios en una comunidad.

El contenido mismo del presente aporte puede parecer demasiado abstracto o demasiado amplio, parcial, subjetivo o inverificable.

Conscientes de estas dificultades, creemos positivo participar nuestras reflexiones motivadas por el deseo de prepararnos consciente y profundamente para el Tercer Encuentro Monástico Latinoamericano de 1978 y, tratando de verlas en Dios, apoyadas en la vida.

2. No nos detenemos en definir el sentido en que tomamos cada palabra del título. Pensamos que el mismo se irá develando en el desarrollo del tema y más bien deberá ser una síntesis final y no un presupuesto inicial.

No obstante, conviene decir que hemos tenido a la vista la comunidad monástica como una comunidad de creyentes que busca a Dios en un determinado tipo de vida; y que “sacramento” debe ser pensado en sentido amplio, como sacramental, o más bien como sacramentalidad.

I. Comunidad sacramento del actuar salvífico de Dios

1. El marco en que Dios actúa es un pueblo. Dios se elige un hombre que engendra, en la fe, gran descendencia. En ese pueblo, y a través de él, Dios se manifiesta como el que está presente en la historia salvando. Este pueblo se convierte de esta manera, en escenario y continente del actuar de Dios y a la vez en signo para sí mismo (principalmente en la relectura de su propia historia) y para los demás.

Esta constante del plan misterioso de Dios para con el hombre se manifiesta claramente en el Antiguo Testamento y, a través del Nuevo, se aplica a la Iglesia. Asimismo, esta realidad de salvación y de signo de esa salvación, se cristaliza en toda Iglesia particular, en cada iglesia doméstica, célula del Cuerpo Místico de Cristo.

En esta línea la comunidad monástica (creyentes convocados por el Señor) se inserta en la sacramentalidad de la salvación en una vocación concreta y especial.

2. Por este elemento dinámico –el actuar de Dios lo es– nunca podrá concebirse la comunidad como algo acabado; y por lo tanto la conciencia de inmadurez y limitación de cada miembro se concretará en la conciencia personal y comunitaria de pecado, y en la disponibilidad y apertura respecto a un proceso de maduración, de crecimiento y de santificación ineludible.

Partir de esta realidad da a cada uno y a la comunidad una gran libertad en el Espíritu para ser

naturales y espontáneos en la comunicación que, en la línea de una gran sinceridad, facilita la caída de máscaras, asegura una progresiva liberación y madurez (proceso que implica comprensión y mutua espera), hace fluida la apertura y torna natural la corrección fraterna que se da sin imposiciones.

Este conocimiento permite que cada uno pueda ubicarse y ser ubicado en lo que puede y debe dar y hacer. A la vez que redundando en enriquecimiento comunitario al darse la realización y plenificación de la persona.

II. Comunidad sacramento del seguimiento de Cristo

1. Una comunidad consciente de su dimensión de pecado y de su fragilidad, de su inmadurez, de su necesidad de crecer y de su dependencia respecto de Dios, nunca se cerrará en su concepción de lo humano, de lo evangélico, de lo religioso-monástico. Al contrario, se abrirá y será capaz de asumir en su seno una amplia gama de personalidades y matices, sin por ello perder su propia personalidad ni su sello particular, ni el carisma monástico.

Esta apertura y capacidad de absorción, se transforman en signo del actuar de Dios y facilita el florecimiento de la nueva vida que significa la integración de jóvenes al monasterio.

Al recibir a los jóvenes, consciente de sí misma, la comunidad podrá asumir su función de formadora, y a la vez se formará y crecerá gracias al nuevo empuje y a la respuesta que la interpelación de los mismos le exige.

Por la experiencia personal y comunitaria de la paciencia de Dios, esta formación estará, quizá especialmente en la actualidad, marcada por la comprensión, por la espera, por la fe en la acción salvífica de Dios que irá mostrando, a través de la misma comunidad y de sus circunstancias, los caminos de sus designios.

Estos matices de la formación se concretan en un respeto por las etapas y por el momento de Dios en cada uno. A la vez, exige una introducción progresiva en los valores y en la esencia de la vida monástica (obediencia, soledad, silencio, contacto con la Palabra, trabajo).

Esta paciencia en la formación irá facilitando las motivaciones personales, que excluyen la copia-imitación, permitiendo la asimilación e integración profunda de los valores esenciales. La doctrina se irá así transmitiendo en un proceso dinámico de permanente recreación.

2. Como elemento constitutivo de este proceso formativo, está el permitir asumir responsabilidades serias a los jóvenes. Aparte de traer como beneficio una vitalización de la formación se toma enriquecimiento comunitario al darse un crecimiento en la responsabilidad y en el compromiso con la comunidad. También, esta toma de responsabilidad por parte de los jóvenes permitirá a los mayores profundizar su aporte específico en lo espiritual-doctrinal.

También como otro elemento formativo están los paseos prolongados en comunidad. Sus efectos se hacen sentir generalmente a lo largo de mucho tiempo, por la intensidad de las vivencias que suelen y pueden darse.

En este contexto, esbozado con características tan generales, que implica una clara y real actitud de pobreza y generosidad (el pobre da recibiendo), Dios irá haciendo dar a cada uno los pasos necesarios en la evolución positiva en ese único nivel humano-cristiano-monástico, en el seguimiento de Cristo que convoca a los hermanos a vivir reunidos en el monasterio.

III. Comunidad sacramento de la vida en el espíritu

1. En la intimidad de la comunidad y mediante la función de ángeles (mensajeros) que cumplen alternativamente los hermanos –especialmente a través de la amistad–, se va dando en cada uno la reconciliación con el pasado. Reencuentro a otro nivel que, a su vez remarca la inserción en el presente comunitario y acrecienta el compromiso con el futuro. Reconciliación que, apoyada e incentivada en la fidelidad a la oración personal y comunitaria, en el constante contacto con la Palabra en la *lectio*, se refleja personal y comunitariamente con gran positividad.

Personalmente, en la transformación de las motivaciones negativas en positivas, en el asumirse tal como se es (lo que abre las puertas al darse), en el pensar la Palabra como interpelación para cada uno y no para polemizar con los demás.

Comunitariamente, en la serenificación que se va produciendo por esa reconciliación con uno mismo, en la ausencia de murmuraciones que evidencia la unidad y facilita una sana libertad de actitudes, en un silencio elástico que favorece el aspecto festivo (= curativo) de la comunidad, signo de la alegría en el Espíritu.

En esta línea de reconciliación, el Espíritu dará el equilibrio entre soledad y comunión, entre personas y comunidad, entre rigor y discreción en la austeridad, entre la comunicación y el pudor ante el misterio de Dios en cada uno. En síntesis se dará la progresiva virginización de la comunidad y de cada uno en particular.

2. Hay en la comunidad un carisma en el que se debe dar especialmente la sacramentalidad de la vocación. Creemos que en el superior (llamémosle Abad con la RB), sea cual fuere la manifestación de ese carisma, debe darse esa transparencia del Dios que va mostrando su voluntad.

El Abad hace las veces de Cristo en el monasterio y en este sentido decimos que especialmente en él debe darse esa sacramentalidad. Esta afirmación implica una doble visión de fe. De parte de la comunidad, fe en el actuar del Espíritu en el Abad, y de parte de éste la misma fe respecto de su comunidad.

Sin entrar en una descripción de lo que tendría que ser el Abad, sólo queremos recalcar algunos aspectos. En el Abad, por surgir de la misma comunidad y por ser parte de ella, se da la cristalización de los carismas que el Espíritu regala a la comunidad. En este sentido, en el Abad se concretará y se manifestará de una manera especial el discernimiento de espíritus, el equilibrio humano-evangélico-monástico, la paternidad, la enseñanza, la conducción, el acompañar, el favorecer el crecimiento. En esta línea parece imposible hablar del carisma de la unidad en el Abad si la comunidad no tiene elementos –dados por Dios evidentemente– para la realización de esa unidad; difícil hablar de discernimiento si la comunidad, de alguna manera, no tiene en sí capacidad de ver; no se podría hablar de paternidad si la comunidad es estéril y no transmite vida.

A través de estos y de otros elementos y de la relación entre Abad y la comunidad, que no será nunca la de dos cosas que hay que juntar, sino la de hermanos expresada de manera especial, el Espíritu hará ver en el Abad a su comunidad y en la comunidad a su Abad. Al conocer una comunidad se debería descubrir al Abad y al entrar en contacto con un Abad habría que poder conocer a la comunidad que lo sostiene.

3. Esta ebullición del Espíritu en la comunidad, no se termina ni se cierra en ella. Deberá tener sus proyecciones hacia afuera.

La comunidad humana que rodea o que entra en relación con el monasterio, y la comunidad eclesial (en cualquiera de sus dimensiones) deberán ser directamente beneficiadas.

El Espíritu, que es el que lleva, dará a cada comunidad su o sus formas de colaborar y de hacer llegar su aporte. Desde la liturgia y el apostolado, la ayuda y el servicio, la acogida y el ministerio de la Palabra, hasta cualquier expresión en que la caridad, que es creativa, se manifieste.

Conclusión

Si quisiéramos sintetizar todo lo que la comunidad puede significar, quizás sea posible en tres postulados (sin que esto signifique encasillamiento ya que se van entremezclando y complementando).

Los “seniores” deben ser sacramento de la fidelidad de Dios para con los hombres, saludando desde lejos –como los patriarcas– la ciudad del futuro en cuyos cimientos dejan sus huesos.

Los jóvenes serán sacramento de la vida del Espíritu, de su actuar siempre dinámico y nuevo; concientizándose a su vez de que también ellos en la ciclicidad divina de la vida, saludarán algún día desde lejos el futuro.

Porque en todos y en cada uno se va cumpliendo lo de san Pablo, “todo es de ustedes, ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios” Sentido de peregrinación que da el desprendimiento de saber que en definitiva todo es de Dios; y que a la vez exige vivir, es decir saber asumir y saber dejar, con sentido de eternidad.

Y así, toda la comunidad deberá ser capaz de testimoniar el paso de Dios, es decir será sacramento de salvación, de vocación.

*El Siambón (Tucumán)
Argentina*